

mutuo que se tenían los dos países— y, en especial, analiza *Morsamor*, una de las pocas novelas españolas que se puede leer en clave ibérica (p. 33).

En el capítulo siguiente, José Manuel Cuenca estudia la relación con Portugal de otra de las figuras señeras de nuestro siglo XIX, Benito Pérez Galdós. En algunos de sus escritos de la década de los ochenta, el autor de *Fortunata y Jacinta* apostaba decididamente por una unión de intereses mayor entre España y Portugal, con el fin de conseguir una influencia más intensa en aquella Europa de la *realpolitik* bismarckiana. Talante parecido, aunque en una época diferente y movido por otro tipo de intereses, es el que mostró Gregorio Marañón cuando se acercó a la vida portuguesa, espíritu abierto el del afamado médico humanista que, «concebía el iberismo como el diálogo de unos amigos íntimos que nunca llegarían a anudar lazos de familia» (p. 63).

Después de repasar con agudeza crítica la labor historiográfica sobre Portugal realizada por Gabriel Maura Gamazo, Cuenca Toribio nos ofrece, en un breve pero enjundioso artículo, los lazos de Salvador de Madariaga con la historia lusa, su profunda convicción en «el error histórico cometido por Portugal al desviar su destino del conjunto peninsular en la fecha, para él fatídica, de 1640» (p. 82) y, como consecuencia, la pérdida de su independencia real al caer bajo la órbita de influencia británica. Quizá por esta razón, frustrado en su fuero interno por ese desencuentro, Madariaga no se ocuparía en su prolífica obra del Portugal contemporáneo.

Acercándonos a hombres y preocupaciones más recientes, el autor disecciona la visión que de Portugal han ofrecido algunos de los personajes españoles con relevancia pública en los últimos años. Así, a través de las memorias de hombres como Gil Robles, Sainz Rodríguez, Fraga Iribarne o Morán, José Manuel Cuenca estudia la relación que, bien por el interés propio o bien obligados por las responsabilidades del cargo, tuvieron con la política o la sociedad lusitana. Una exposición crítica sobre la obra *Portugal visto pela Espanha. Correspondencia diplomática, 1939-1960* de Ana Vicente, y un comentario sobre la situación portuguesa en octubre de 1995, cierran la obra. Sin duda, José Manuel Cuenca ha elaborado en estas apretadas ciento veinticinco páginas una reflexión rigurosa de referencia obligada para los estudiosos del mundo ibérico.

RICARDO M. MARTÍN DE LA GUARDIA

CUENCA TORIBIO, José Manuel y MIRANDA GARCÍA, Soledad: *El poder y sus hombres. ¿Por quién hemos sido gobernados los españoles? (1705-1998)*. Editorial Actas. Madrid, 1998, 894 pp.

En un tiempo en que la sociedad parece abocada a reconocer como inapelable el fallo siempre arbitrario, del destino —cruel y despiadado con unos, complaciente y dadivoso con otros—, se percibe como más necesaria que nunca una reflexión serena sobre los mecanismos, que regulan el ejercicio del poder. Desde muy diversas atalayas puede ser enfocada una cuestión tan básica que, por concernir a la condición social del ser humano, preocupa quizá especialmente a sociólogos y politólogos, pero que no deja insensibles a amplios sectores de la sociedad civil, cuya comprensión de la democracia está íntimamente vinculada a conceptos como *legitimidad* y *representación*. En este contexto, y respondiendo a la pregunta retórica, pero cargada de intención, de «por quién hemos sido gobernados», los profesores Cuenca Toribio y

Miranda García nos obsequian con un magnífico libro que reconstruye con depurada policromía los perfiles de la élite ministerial española en los últimos tres siglos.

En sus casi novecientas paginas, este libro se beneficia de un uso experto y sistemático de la prosopografía, que ha permitido reconstruir los itinerarios vitales de casi mil doscientos ministros y otros de condición semejante, pues hasta 1851 no se estableció oficialmente esta denominación. Una labor ingente que, por sí sola, dotaría ya a esta obra de un valor apreciable, como materia, por ejemplo, de un futuro diccionario biográfico ministerial. Sin embargo, con este basamento, los autores han preferido dar el salto e introducirse en el análisis sociológico del colectivo de los ministros, aprovechando, sin duda, su dilatada experiencia en el estudio de las élites de poder en la España contemporánea.

Desde esta óptica, aspectos realmente novedosos, como el análisis demográfico del grupo, arrojan conclusiones más que interesantes e iluminan senderos hasta ahora inexplorados por una investigación en exceso parcelada y hermética. En otros capítulos, los autores nos informan, con similar agudeza y abundancia de datos sobre los registros clásicos de la biografía: el lugar de nacimiento, la extracción social y familiar, el nivel de estudios, la dedicación profesional o el universo cultural de los ministros, sin descuidar la referencia a las trayectorias, que se revelan no siempre rectilíneas, de su escalada política y su ascenso social; todo ello ensamblado con pericia, pero sin ocultar los mimbres, porque se intuye que los hombres –y no las estructuras en que éstos se insertan– son los auténticos protagonistas de esta obra.

En esta magna biografía colectiva logran, sin embargo, perfilarse los rasgos específicos que el devenir histórico ha ido proyectando sobre la élite en cuestión, de forma que es posible reconocer también en sus páginas los grandes trazos de la historia contemporánea de España. Un recorrido que, buscando dotar de unidad al período, los autores han pretendido comenzar con la instauración de la dinastía borbónica en nuestro país y prolongar hasta el momento presente, lo que en efecto dota a las conclusiones de una enorme potencialidad explicativa, y también de una no pretendida actualidad. Porque la historia del poder es también, en cierto modo, la historia del Estado, y también, como se demuestra en este libro; la historia de los hombros que lo encarnan».

Ya sabíamos que los impulsos derivados del desarrollo económico, los intereses de los grupos sociales o la acción organizada de las tendencias políticas han ido modelando las formas del poder a lo largo de la historia. Pero este libro, que no cuestiona para nada esté axioma, llama sin embargo la atención sobre un factor que podríamos denominar «endógeno», inherente a la propia naturaleza del poder; la influencia que pueden ejercer sobre él los perfiles colectivos de quienes ostentan la responsabilidad del gobierno, con independencia de su adscripción política o ideológica. Porque el Leviatán selecciona a sus hombres y, como se demuestra en el texto, no lo hace ciertamente, sino con una pauta en extremo rigurosa; ahí reside su grandeza y quizá también ésta sea la clave que explique la extraordinaria persistencia de sus estructuras. Es cierto que en la epidermis están las turbulencias del cambio político, los oleajes de las vanguardias estéticas, los cismas culturales; pero internamente fluyen con paso sereno, rodeando desgastados meandros, las aguas que aseguran la constante renovación del poder. En palabras más explícitas los autores concluyen que, incluso en los momentos de mayor ruptura política, como la Segunda República, «ni los itinerarios ni la formación que conducían al vértice del poder experimentaron bruscos giros ni cambios en profundidad. No eran ya quizás, en su conjunto, los de siempre [...], pero muchos tenían los orígenes y costumbres de los de siempre...».

Sin embargo, lejos del modelo que asigna al ministerio una mera función de representación, los ministros españoles encarnaron muy frecuentemente el poder e hicieron uso, no siempre de forma moderada, de sus prerrogativas. De hecho, la his-

toria de la España contemporánea está jalonada por etapas, coyunturas y decisiones que se conocen por el apellido de los ministros que las promovieron o lideraron. El ministro, en efecto, representaba el poder, pero también lo encarnaba y era visto como una proyección hipostática del mismo por una ciudadanía siempre poco confiada en su propia capacidad para cambiar a los gobernantes. La élite ministerial española fue así, en cierta forma, reflejo también de la propia sociedad, con la que compartió a menudo –aunque sin saberlo– sueños, temores y esperanzas. Y es que la línea que nos separa del Leviatán tiene el rostro de Jano.

Como puede verse, es éste un libro susceptible de muchas lecturas, que esconde itinerarios secretos y apunta también senderos evidentes, pero que deja a otros la última palabra. De hecho, sus extensas notas, una de sus grandes bazas, son una auténtica tribuna de la historia a la que concurren en un constante diálogo los más variados personajes de la vida política y cultural del país. No falta la ironía, e incluso un cierto humor en algunos pasajes, porque el libro, contra lo que confiesa, sostiene su propia tesis y no sólo esboza «algunas muy modestas hipótesis». Pero, puesto que el deseo de sus autores ha sido el de no hacerla evidente, es preferible que sea el propio lector quien desentrañe sus claves, que a buen seguro pronto obtendrá respuestas.

Tiene, en definitiva, este libro preñado de matices la rara virtud de combinar en su justa medida el tratamiento estadístico, la erudición histórica y la interpretación sociológica, dando forma a un constructo muy atractivo, donde la historia de vida se inserta, sin perder su singularidad, en una perspectiva más amplia que explora las poliédricas relaciones entre el poder y sus representantes. Estamos, por ello, ciertamente, ante un libro modélico, con una fuerte nervadura interna y respaldado por un generoso apéndice, que incorpora una buena parte de la amplísima base de datos a que ha dado lugar esta vasta investigación. Una obra, sin duda, del mayor interés y utilidad para quienes en el futuro aborden el estudio socio-histórico de las élites contemporáneas.

JULIO PÉREZ SERRANO

CHAMOCHO CANTUDO, Miguel Ángel: *Justicia real y justicia municipal: la implantación de la justicia real en las ciudades jienenses (1234-1505)*. Diputación Provincial. Jaén, 1998, 569 pp. *Génesis histórica e institucional de una villa en la frontera castellano granadina: Cambil, 1485-1558*. Universidad. Jaén, 1999, 357 pp.

El autor me envía amablemente, por indicación de los colegas Fernández Espinar y Guerra Sainz, nada menos que dos libros, y además la noticia de una serie de publicaciones previas que le acreditan como un historiador del Derecho de cuerpo entero, sorpresa para mí, tan alejado de la Asignatura que he llegado a pensar que estoy vetado o bien que me reservan con una especie de veneración, que merecen los viejos, pero fuera del comercio académico. No sólo me parecen aceptables estos dos libros sino excelentes, y reflejo de una madurez que supongo conseguida a través de una dedicación manifestada en letra impresa, o bien que, desde el principio, como en mitología, este autor, este árbol, ha dado frutos perfectos en su género y en su especie. Monografía sobre instituciones, en este caso, en el sentido original y auténtico, las derivadas de fuentes jurídicas, o bien pertinentes al Derecho. ¿Y de las investigaciones consiguientes? Esto lo veremos al final, para evitar prejuicios.